

EZEQUIEL MARTINEZ WAGNER

# COPÉRNICA

Ilustraciones por Gastón González



Martinez Wagner, Ezequiel  
Copérnica / Ezequiel Martinez Wagner ; editado por Florencia  
Giralda ; Fiorella Leiva; ilustrado por Gastón González. -  
1a ed. - Córdoba : Fey, 2024.  
252 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-90192-6-1

1. Ciencia Ficción. 2. Inteligencia Artificial. I. Giralda, Florencia,  
ed. II. Leiva, Fiorella, ed. III. González, Gastón, ilus. IV. Título.

CDD A860 CDD XXXX

© 2024 Ezequiel Martinez Wagner

© 2024 Ediciones Fey SAS

[www.edicionesfey.com](http://www.edicionesfey.com)

Primera edición: Marzo de 2024

ISBN: 978-631-90192-6-1

Ilustraciones: Gastón González

Diseño y maquetación: Ramiro Reyna

Realizado el depósito previsto en la Ley 11723



*Para mis padres,  
que me dieron el regalo  
más complejo e indescifrable:  
la vida*

**Vida:** propiedad o cualidad esencial de organismos celulares por la cual evolucionan, se adaptan al medio, se desarrollan y se reproducen.

**Vida inteligente:** noción de existencia, conciencia sobre sí mismo.



**PRIMERA PARTE**

# CAPÍTULO 1

La humanidad es tremenda. A veces me ponía a pensar y no encontraba la forma de que hubiéramos sobrevivido tantos miles de años sin ningún tipo de intervención divina. En ese preciso instante, por ejemplo, observaba la disciplina cuasi olímpica de hacer filas. La devoción por formarlas era tan palpable que no me cabía la menor duda de que teníamos los días contados como especie por el simple hecho de poner tanto empeño en algo tan absurdo como innecesario.

Es que sí, hacer filas era el origen de todo lo que estaba mal en este mundo. Estábamos condenados al fracaso, y todo por nuestra pasión, nuestra demencia palpitante por formarnos uno detrás del otro. Ese hermoso sendero de cuerpos. Esas curvas, esos empujones. Se nos hacía agua la boca de ver cuán largas podían ser. Y si había que esperar parados, mejor todavía. Éramos adictos.

Estaba sentado en un incómodo asiento de plástico y observaba cómo cargaban combustible a mi avión. Con el rabillo del ojo los vi a ellos, al ganado, al cúmulo de humanos que aguardaba de pie para abordarlo. Todavía faltaban veinte minutos para que empezaran a llamarnos, pero ellos ya estaban ahí. Las puntas de sus pies se movían rítmicamente hacia arriba y hacia abajo, tamborileando la alfombra en un repiqueteo insoportable. Se los veía ansiosos, se preguntaban qué los hacía demorarse tanto para hacerlos entrar. Miraban el reloj; sabían que todavía no era la hora, y así y todo



insultaban. Sacaban pecho al ver cuán primeros estaban en sus respectivas hileras y miraban de refilón a los pobres mortales que se encontraban por detrás. Ansiaban ese único y libidinoso momento en que estuvieran sentados, sus bolsos de mano guardados y vieran pasar la no tan interminable fila de pasajeros a sus costados. La lógica dictaba que si ellos entraban antes, iban a esperar menos. Pero eso no era así, y lo sabían. Su avión no iba a salir ni antes ni después. No es por ser monótono, pero todavía faltaban veinte minutos. Y eso porque el *check in* solo estaba disponible cuarenta y ocho horas antes del vuelo. Estos neandertales eran capaces de acampar días enteros en la fila con tal de entrar primeros.

Suspiré mientras los miraba. Me teletransportaban a esa repetitiva cualidad humana de la que pocos se salvaban. Gente que armaba carpas una semana antes de que empezara el recital, cinco días antes de que se liberara al público la venta de un nuevo teléfono celular, o bien existía también un clúster de seres dispuestos a hacer una fila de dos horas para comer una hamburguesa cuyo precio había bajado un cincuenta por ciento, producto de una estrategia de venta que conocía a la perfección cómo funciona nuestro cerebro simiesco.

Estos entes estaban dispuestos a perder dos horas irrecuperables para gastar unos pesos menos. Estaban dispuestos a perder días para ver a un ídolo unos metros más cerca. Estaban dispuestos a perder algo que parece inagotable: el tiempo.

Desechaban el único recurso irrecuperable con el que contábamos en la vida y, encima, los ridículos se jactaban de su suerte e inteligencia. Amaban ver el tiempo escurrirse entre sus dedos, se excitaban por ello; se sacaban fotos y las enseñaban al mundo con orgullo: dos horas en una fila por un veinte por ciento de descuento, y dos horas menos con tu padre. Dos horas menos de ver



a tu hija crecer. Dos horas menos tomado de la mano de tu pareja. Dos horas menos, y nada que agregar.

No todos le daban el valor que yo le otorgo al tiempo. Lo entiendo, mas no lo respeto. Estábamos condenados al fracaso porque solo le dábamos valor al tiempo —y a todo— recién cuando escaseaba. Y para entonces, solía ser demasiado tarde.

Me pagaron el pasaje para ofrecerme un trabajo. Un trabajo cuya probabilidad de que terminara siendo mío era alta. ¿Por qué? Porque a esa empresa se le acababa el tiempo. ¿Y por qué yo? Porque era el único que podía salvarla.



## CAPÍTULO 2

Eva subió al avión y se dio cuenta de que tenía las manos empapadas en sudor. Le habían cambiado el vuelo a último minuto, agregando revoluciones a un corazón ya de por sí pasado de rosca. No le llegaron a dar demasiados pretextos, no obstante, ella prefirió bajar la mirada y acatar otra dificultad más en su larga travesía. Saludó a la azafata, paseó su portafolios de la axila a la mano derecha, de la mano derecha a la izquierda, de ahí lo apretujó entre las rodillas para poder secarse las manos en su fino pero arrugado saco de terciopelo, ejecutó el saludo y volvió a emprender la marcha.

Era la primera vez que volaba y todos a su alrededor lo notaron. Eso la ponía más incómoda; el hecho de ser un mar de emociones, de no poder pasar desapercibida cuando más lo deseaba, era una de sus facetas que más aborrecía. Tomó asiento en cuanto pudo, y no tardó en armar otro aparatoso escándalo para que el cinturón pudiese abrazar su cintura.

Un bucle rubio ceniza que le caía tenso sobre la frente hacía hormiguitar su nariz justo donde se anclaba el puente de sus anteojos. Abrió el portafolios sobre su falda y releyó los papeles sin leerlos; se los sabía de memoria. Los ojos se posaban en los contrastes de tinta con el blanco del papel, sus pupilas se movían con nerviosismo como bolas de billar, abría y cerraba los labios en un trance que no tenía pies ni cabeza. Jamás había estado tan

nerviosa. De por sí el hecho de volar ya era un tema, pero el motivo por el que lo hacía era el acmé de su vida entera. O al menos eso creía.

Sin embargo, cada vez que pensaba en ello, fibrilaba de pánico, sus dientes castañeteaban y su piel empalidecía. La aterraba hasta la médula. Años de estudio, años de trabajo. Meses de trabas y burocracias, de hacer las preguntas incómodas, de ganarse un nombre le pesara a quien le pesara, de entrar en escena, de ser evadida y perseguida al mismo tiempo. Siglos de mentiras. Toda una vida abocada a un solo fin: las fichas de dominó estaban alineadas, solo tenía que empujar la primera y ver el mundo prenderse fuego.

La esperaba una entrevista, la entrevista de su vida y, quizás, la entrevista de la humanidad entera. Su misión era incomodar a la persona más importante en todo el planeta. Su objetivo era destruir la mentira más inmensa de la historia.

Todo eso sin perder la vida en el intento, claro.

Pocas horas más tarde, al aterrizar, se enteraría de que el otro vuelo, aquel en el que iba a viajar en un principio, acababa de estrellarse en un accidente en el que abundaban los interrogantes pero escaseaban las respuestas. Todos terminarían olvidándolo con el pasar de los días. Y aquello no era casualidad.



## CAPÍTULO 3

—Tome asiento, señor Sydrunas.

Me senté con aplomo. Deposité con lentitud los codos en los apoyabrazos y junté las manos a la altura de mi mentón, refregándolas con suavidad. Solía hacerlo de modo inconsciente, pero esta vez quería incomodar a mi interlocutor. De hecho, no emití respuesta. Ni del clima, ni del vuelo, ni de la empresa. Él tenía que convencerme a mí, no al revés.

—Tremendo día, ¿no le parece? —preguntó después de tomar asiento, acomodándose la corbata por delante de su abdomen—. ¿Cómo estuvo el vuelo? ¿Se le hizo muy largo?

Sonreí.

—Bastante mediocre, la verdad.

—Me alegro. —Sonrió con la boca pero no con la mirada, y omitió por completo mi comentario—. ¿Whisky?

De joven me preguntaba si la oferta de un trago en una entrevista laboral era para aligerar las tensiones, para poner a prueba la cordialidad de aceptar un trago, la irresponsabilidad de consentir el mismo, o si era para que ellos pudieran tener una excusa de beber una copa. Fuera lo que fuese, terminé por rechazarlo.

Las comisuras de sus labios volvieron a tensarse en ambos extremos. Y abrí fuego.

—Si querés, charlemos de trivialidades; pero si es por mí, hablemos de lo que nos convoca. —Hice una pausa. El día en

que el pragmatismo exterminara el protocolo, este será un mundo mejor—. Primero me plagiaste y ahora me quieres comprar. ¿Qué tenés en mente?

Frey era un hombre apelmazado, serio, de larga trayectoria. Por más que no me gustase ni un poco, sus dichos fueron siempre considerados palabra mayor en el ambiente. No obstante, pocos habían tenido la oportunidad de conocerlo en persona. Su tez oscura absorbía la luz que entraba por la ventana y enseñaba sus poros en forma de delgados alfileres de los que rezumaba un sudor casi imperceptible. Me pareció oír que su estómago daba un vuelco, a pesar de que su rostro permaneciese inmutable en todo momento. Esta vez fue él quien sonrió.

—Al final, es tal cual como todos dicen que...

—Absolutamente —lo interrumpí.

—Perfecto. —Carcajeó—. Entonces le cuento, señor Sydrunas. ¿O Alan? ¿Puedo tutearlo?

—No.

—Mejor así. Le comento, en Sima buscamos un nuevo director de proyectos. Necesitamos darle un lavado de cara a la empresa; la competencia es cada vez más fornida y tenemos que mantener este margen de supremacía que año a año viene achicándose.

Frey me mentía en la cara a sabiendas de que yo estaba al tanto de ello. Sima fue una empresa que por décadas lideró el mercado de los simuladores virtuales. Comenzó con pequeños videojuegos en los que uno podía diseñar a su propia familia, hacerla interactuar en su casa, hacerla ir a trabajar y obligarla a los quehaceres diarios. Una especie de muñecos virtuales para adultos.

Después sentó las bases de la simulación experimental, y así logró las fantasías imposibles de la gente promedio. Ser millonarios. Manejar yates, autos deportivos. Convertirse en astronautas, en



estrellas de rock y en todas las cosas con las que uno sueña de chico hasta que deja de soñar.

La competencia se les acercó, pero lograron dar un brillante volantazo a tiempo. Y digo brillante porque plagiaron las ideas de mi antigua empresa. Se abocaron a lo mundano, a lo ilegal, a lo impensado y burdo. Al crimen. Explotaron lo más arcaico de las personas, sus pulsiones más instintivas: sexo, alcohol, drogas, armas, la posibilidad de matar sin consecuencias reales. Por último siguieron con lo extremo: poderes y habilidades de superhéroes, de mutantes, de deidades. Afortunadamente, fue ahí donde desatinaron a sobremanera. No por la idea, que era rentable de por sí, sino más bien por la calidad del producto. Se quedaron atrás, la competencia los pasó por encima y no tuvieron forma de acercárseles.

Ese «lavado de cara» no era nada más ni nada menos que tirar abajo la empresa entera y empezar de cero. Y si para eso hacía falta arrodillarse ante el programador más codiciado del sistema, bienvenido sea.

Pero no. Yo no estaba ahí para eso. Iba a interrumpir su perorata, al fin y al cabo, el tiempo valía oro para mí, pero me dio lástima. Tal vez, decir esas mentiras en voz alta lograba cierto sosiego en su conciencia, así que solo por eso permití que siguiera hablando. Por compasión.

—Si le tengo que ser honesto, son muchos los nombres sobre la mesa, señor Sydrunas.

—Decime dos, por favor.

—¿Dos? —Se atragantó.

—Contame qué otras dos personas consideraron para el puesto. Me gustaría saber con quiénes compito.

El tiempo valdría oro, sí, pero la diversión a expensas de otro valía casi tanto como el simple hecho de existir.



—Bueno, digamos. —Hizo una pausa y aclaró su garganta—. En realidad, no es algo que yo esté obligado a compartirle.

Como tampoco lo era el hecho de que no habían considerado a nadie más para el puesto. Era su única esperanza, ahora sí.

—Señor Sydrunas —comenzó Frey. Apoyó los brazos sobre el escritorio y dejó recaer ligeramente sus hombros, mirándome casi a través de sus cejas—, no pretendo que me agrade, ni agradarle, y nada me haría más feliz que verlo lo menos posible de aquí al día en que devuelva a mi empresa a donde siempre debió estar.

—¿Y qué te hace pensar que yo vaya a aceptar el puesto?

—Le ofrezco todo lo que necesite. —Volvió a enderezarse y a apoyarse contra el respaldo de su silla—. Tenemos tecnología de primera y expertos ansiosos por aprender de usted, por seguir sus órdenes. Le ofrecemos lujo, autos, casa junto al mar con jacuzzi; todo lo que usted alguna vez creyó necesitar, se lo garantizo. Todo y todos van a estar a su disposición. Le permito hacer lo que quiera, Sydrunas. —Su mirada, en vano, intentó penetrar la mía—. Siempre y cuando, claro, Sima se mantenga en la cima.

Sonrió al pronunciar aquel slogan barato que terminó de hundirlos años atrás. Me dieron ganas de pararme y abandonar el barco. Pero no lo hice.

—Espero no ofenderte al repetir la pregunta, Frey, ¿pero qué te hace pensar que yo vaya a aceptar el empleo?

Antes de que terminara con mi pregunta, él empezó a contestarla.

—Básicamente, que el día del accidente usted quebró, Sydrunas, y Sima es la primera oferta seria que tiene en años. —«Hijo de puta»—. Sus diseños web de los últimos meses apenas le alcanzan para pagarse el alquiler. No tiene familia, sus amigos lo abandonaron y sus empleados le dieron la espalda, lo enjuiciaron



y endeudaron hasta la nuca. Lo único que le queda, hoy por hoy, son proyectos inconclusos y un hambre voraz por llevarlos a cabo.

—¿Qué?

—Estamos a nada de entrar en bancarrota. Me vi venir que los lujos no iban a tentarlo en lo más mínimo, pero no perdía nada al probar suerte. —Se arrimó sobre el escritorio y me habló en voz baja—. Si le soy honesto, no hay un solo programador que se anime a intentarlo con nosotros. Pasamos de moda, la prensa no nos acompaña y los accionistas empezaron a soltarnos la mano —resopló—. Y usted está aquí por algo, no me tome por estúpido. El tren no va a pasar una segunda vez, y ambos sabemos que no va a hacer falta. Porque, corrijame si me equivoco, pero usted ya se subió en el momento en que me atendió el teléfono.

Hijo de puta.



## CAPÍTULO 4

Llovía. Todavía faltaban cuarenta y ocho horas para la entrevista.

Eva salió del aeropuerto, infló el pecho todo lo que le fue posible y logró exhalar parte de su nerviosismo. De pronto, un zamarreo de nostalgia por poco la tumba al suelo. Sintió un intenso aroma a tierra mojada inundar sus fosas nasales, una brisa fresca hizo que su cabellera ondulara por su espalda y que se erizaran todos y cada uno de los pelos de sus antebrazos. Percibió la humedad, las diminutas gotas que se agolpaban contra su blanca piel, el sonido de las llantas de los autos que levantaban el agua a su paso y su corazón acelerado por la ansiedad, como preámbulo a la paz que solía invadirla por el simple hecho de contemplar tal paisaje. Sonrió como hacía mucho no lo hacía.

Se puso los anteojos, asió con una mano su pequeña valija, con la otra el portafolios, y se dispuso a pedir un taxi. Dejó su extremidad tendida en el aire un largo rato, aun cuando no fueran taxis los que pasaban frente a ella. Su miopía, ineficazmente corregida por unos lentes obsoletos, hacía que todos los autos fueran simples lucecillas aproximándose o alejándose.

Los minutos comenzaron a pasar y ningún vehículo tuvo la delicadeza de detenerse frente a ella. La llovizna terminó por volverse un chaparrón y su nostalgia se desvaneció en el aire al percatarse de que había olvidado traer un paraguas. Sus dientes se sellaron en malhumor.



Llegó un punto en el que casi no quedaban personas esperando taxis. Eran ella, dos oficiales y un director de tránsito. Pero un destello dorado hizo que su corazón latiera con fuerza. Los faros delanteros la encandilaron; sus pupilas se contrajeron al instante y se le secó la boca: temía que fuera todo un falso espejismo; no quería esperanzarse sin sentido, pero esta vez estaba casi segura. El murmullo del motor sonaba cada vez más cerca y sus párpados se entrecerraron, ayudándola a descifrar la imagen de lo que se aproximaba. Sus dientes, que machacaban el aire, pasaron a formar una hermosa sonrisa. Solo que, en eso, un hombre de piloto negro salió de la nada y se ubicó delante de ella. Sin titubear, alzó su mano.

El taxi frenó junto a él, abrió su puerta trasera y el hombre ingresó. Eva lo vio alejarse, con sus ilusiones partiéndose en mil pedazos. Era un hijo de puta. Machista, misógino y egocéntrico. ¿Dónde había quedado la educación? Sus manos se pusieron rígidas sobre la valija y el portafolios, y sus párpados comenzaron a cerrarse a destiempo, a la vez que la comisura derecha de su sonrisa se tensaba en espasmos que hubieran ahuyentado al monstruo más terrorífico de su infancia.

Sin embargo, el ronroneo del auto alejándose nunca desapareció de su cabeza. Era como si se hubiera quedado atascado en sus oídos en una estúpida jugarreta de su cerebro para hacerla enfadar aún más. Pero el rumor se volvió un rugido, y Eva vio que el taxi daba la vuelta en la rotonda para volver hacia donde se encontraba esperándolo. Dio un giro en U al llegar al final de la calle y paró justo frente a ella. El hombre que le había robado el taxi descendió del vehículo y extendió su piloto sobre la cabeza de Eva. La ayudó a entrar y terminó por guardar sus bártulos en el baúl. Segundos



más tarde, el hombre ocupó su lugar junto a ella y el taxi emprendió la marcha.

—Gracias, supongo —dijo Eva algo desconcertada e incómoda por la idea de estar empapándole el auto al taxista.

—Un placer —respondió el hombre, sacudiéndose las gotas que le habían caído en el cabello. Era un señor casi de su edad, de buen porte, bien rasurado, espalda ancha y brazos trabajados. Su voz era amable, pero Eva seguía furiosa.

—No te costaba nada cederme el taxi. Así nos ahorrábamos esta escena —le recriminó mordiendo los labios y negando con la cabeza—. Al hotel Sinaí, por favor —indicó al taxista para luego mirar al hombre.

—Yo después sigo para microcentro —acotó, y luego se volvió hacia ella—. Disculpá mi falta de caballerosidad, es que...

—¿Caballerosidad? —resopló—. No seas ridículo, haceme el favor. Sos un imbécil, nada más. —El hombre fue el único que se rio—. La caballerosidad murió con la igualdad de género. Si cederme el taxi te convertía en un caballero, ¿qué pasaría si yo te lo cedo a vos? ¿Me volvería una buena piba? ¿Una mujer muy gentil? —Todos en el vehículo guardaron silencio—. Que se siga usando un adjetivo abarcador de un sinfín de cualidades para destacar cuán mejor es el hombre que actúa de manera correcta frente a alguien supuestamente más débil que él, me resulta nefasto.

—¿Soy un imbécil por hacerte pensar que no buscaba la excusa más idiota para poder compartir un taxi con la increíble Eva Rosberg?

El taxista miró por el espejo retrovisor y sonrió a ambos enseñando una dentadura que, más que una dentadura, parecía un colador. El corazón de Eva se detuvo y no pudo evitar sentir una electricidad



podría recorrerla entera. Utilizó todas sus fuerzas para evitar sonreír.

—¿Me conocés? —preguntó mientras miraba por la ventana para ocultar el rubor de sus pómulos.

—¿Que si te conozco? —Su risa la hizo estallar de ternura—. Sueño con esto desde hace años. De hecho, me sorprende muchísimo no estar tartamudeando.

—Pero ¿por qué? —Lo miró a los ojos. Eran color miel—. No muerdo, quedate tranquilo.

—Sí, sí, pero... Perdón, estoy un poco... —meditó en voz alta e hizo una pausa para tomar aire y calmar su agitación interna—. Ser una persona linda es una cosa. Se hereda, y a lo sumo se ayuda con ejercicio, maquillaje y ropa. Ser inteligente requiere un poco de herencia, sí, pero también de formación y de esa chispa interna de cada uno. Ahora bien, ser un ícono en una revolución ideológica es una cosa totalmente distinta, y es algo por lo que yo la admiro, señorita Rosberg.

—Eva.

Ahora fue el hombre quien pareció sonrojarse.

—Gustav, encantado. —Y le tendió la mano. Ella se la estrechó con delicadeza—. Eva, no me tomes por un fanático, te lo pido por lo que más quieras, me muerdo de la vergüenza.

—Eso intento —lo provocó con una sonrisa.

—Te propongo algo. Te va a sonar medio tonto, pero ¿creés en los milagros?

—No. Deberías saberlo.

—Entiendo. Pero si yo te dijera que existen, que te puedo mostrar uno, ¿te interesaría saber de qué se trata?

Eva ladeó la cabeza de un lado hacia el otro mientras miraba sus ojos dorados, su prolija barba de tres días y su perfecto hoyuelo en

el mentón. Al mismo tiempo murmuró una interminable eme mientras pensaba qué responder.

—Tal vez, sí, puede ser —contestó de mala gana.

El taxi comenzó a aminorar la marcha.

—Puedo convertir el agua en vino.

—No me digas —le contestó mientras buscaba su billetera para pagar al taxista, pero el hombre puso su mano sobre la suya, impidiéndolo.

—Permitime ser gentil y no caballero por primera vez en mi vida.

—Ambos sonrieron—. En cuanto al milagro, solo hay una forma de que averigües si digo la verdad o no.

—Y esa forma vendría a ser...

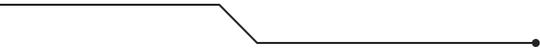
—Te paso a buscar a las ocho. Hay un restaurante acá cerca. Vamos a pedir agua, pero vamos a tomar vino, te lo prometo.

Eva sostuvo su mano sobre la manija de la puerta unos segundos mientras miraba al desconocido. En un exabrupto interno, asintió con la cabeza y se bajó del vehículo. Retiró sus pertenencias y entró en el hotel con los ojos echando chispas.

No recordaba la última vez que se había permitido ser presa de sus impulsos. Si bien su situación requería el mayor de los recaudos en cada una de sus decisiones cotidianas, dejarse llevar de tanto en tanto la hacía sentir bien. En parte porque eran los únicos momentos en los que podía relajar su mente y no pensar demasiado en las consecuencias de sus acciones, y en parte porque era en aquellas instancias en las que por fin se sentía dueña de su propia vida.

A pesar del furor de la situación y de su excitación interna, ya en su cuarto, el cambio horario hizo de las suyas y no pudo evitar quedarse dormida en la cama.





Un trueno la hizo despertar de un salto. Casi se infarta. Tardó muchísimo en asociar la explosión con una cuestión climatológica. Donde vivía, las tormentas eléctricas eran casi tan esporádicas como la honestidad en los políticos. Aguardó incorporada sobre el colchón a que su corazón calmara sus revoluciones y a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad de la habitación. Aún atontada, miró su reloj para tratar de ubicarse en tiempo y espacio. Eran casi las ocho, se había quedado dormida. Prendió el velador de la mesita de luz y lo vio tintinear de una forma extraña por unos segundos. Quiso salir de la cama como una bala para cambiarse, pero no lo hizo. Justo en ese momento, justo al activar el interruptor y hacer que la habitación se llenara de luz, se percató de que al lado del velador yacía un sobre con su nombre.

Ese sobre no estaba ahí cuando se había ido a dormir.

Lo abrió, con dudas acerca de si se encontraba despierta o sumida en un sueño vívido. Leyó las pocas palabras que habitaban en el interior de la carta y empalideció.

*Mantenete con vida las próximas 48 horas  
Van por vos.*

Sonó el teléfono.